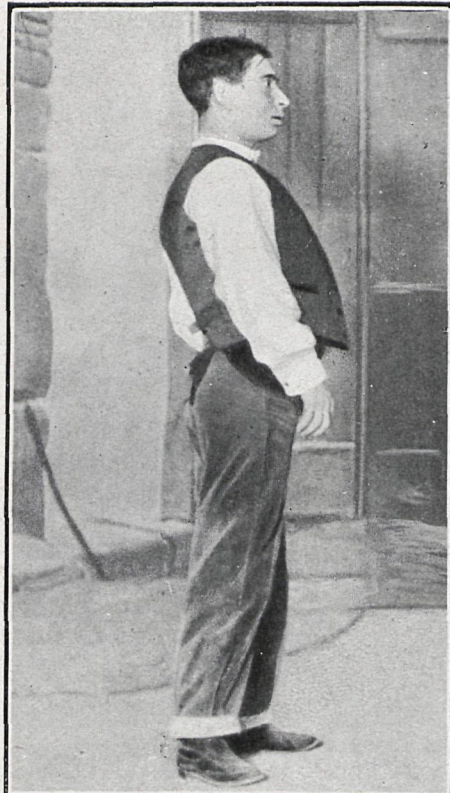


JOSELILLO
Sr. Reforzo



RAFAEL
Sr. Fernández (A.)



JUANEQUE
Sr. Alvarez Mihura

Fots. Compañy

TEATRO DE APOLO.—«LA PUÑALADA»



TEATRO DE APOLO.—«LA PUÑALADA».—UNA ESCENA DEL CUADRO CUARTO

Fot Alfonso



TEATRO DE APOLO.—«LA PUÑALADA». —PENÚLTIMA ESCENA

Fot. Alfonso

La interpretación que *La puñalada* obtuvo fué buena en general, demostrándose con esto una vez más que la dirección artística de Apolo es excelente y que es este uno de los pocos teatros de Madrid donde con más pulcritud se ensayan y presentan las obras y donde obtienen, por consiguiente, mejor conjunto.

La Srta. Membrives, á la que correspondió en el reparto un papel de anciana, salió airosa de su cometido, caracterizando bien el personaje y mostrándose en él tan discreta actriz como cantante.

Isabel Brú dió el necesario relieve á la figura de *Angustias* á ella encomendada, y con Reforzo y Anselmo Fernández y la ya citada Srta. Membrives contribuyó principalmente al excelente éxito que la obra obtuvo. Reforzo, especialmente, estuvo muy acertado en su papel, haciéndose aplaudir en varias ocasiones con justicia. En una escena del segundo

LA SEÑA JOAQUINA, Srta Membrives. Fot. Compañy
TEATRO DE APOLO.—«LA PUÑALADA»

cuadro logró entusiasmar al público diciendo un romance de tonos melodramáticos en el que, en honor á la verdad, abusó un poco de los latiguillos tan del gusto del público de Novedades. No obstante, repetimos, Reforzo fué uno de los más felices intérpretes de la obra de Fernández Shaw y Chapí; en ella se reveló un actor excelente, que siente bien la nota dramática y que puede conseguir muchos triunfos en su carrera si persevera en el estudio y la observación.

También merece ser elogiada la labor de los señores Alvarez Mihura y Soriano que demostraron el perfecto estudio que de sus respectivos papeles tenían hecho: y como la orquesta y coros estuvieron asimismo bien, se comprende que la labor de los autores resaltase más aún y que la obra consiguiera el éxito más completo.

También el escenógrafo Amalio Fernández se hizo copartícipe del éxito.



LE BARGY EN SU GABINETE DE TRABAJO

“TOURNEE” JANE HADING-LE BARGY

Las compañías francesas en *tournée*, continúan teniendo á Madrid por punto de etapa, y gracias á eso los madrileños moluscoideos, que vivimos pegados á nuestra roca, podemos gozar, de vez en cuando, el placer indudable de ver en nuestras escenas á los grandes artistas de allende los Pirineos.

Cierto que sería mejor aún que Madrid fuese el objeto y el fin de esos viajes, y que los artistas franceses, tratando á nuestro público con la consideración debida, le dieran todo lo que él merece, que es, por lo menos, todo lo que paga; pero el amigo de lo mejor es el enemigo de lo bueno, y bueno es conformarse con lo que nos ofrecen, no haga el diablo que se nos incomoden los organizadores de *tournées* y nos quedemos también sin lo que ahora nos dan.

Además, hay que convenir en que en eso, como en todo, vamos progresando; antes, en efecto, las compañías extranjeras que venían á Madrid eran aquellas famosas *troupes* para España y Marruecos, en las que si había en ocasiones una estrella con brillo y luz propia, jamás había otra cosa importante, y los demás artistas parecían escogidos de propósito para que su obscuridad hiciera lucir más el brillo del astro refulgente.

Ahora los formadores de compañías cuidan algo más de que los artistas de ellas sean, cuando menos,

aceptables, y si no todos son astros de primera magnitud, abundan entre los artistas los satélites capaces, si no de alumbrar con luz propia, de lucir con la reflejada.

Nos falta aún, claro es, mucho que adelantar en ese camino, y todavía se dan casos como el de la compañía Antoine, famosa, entre otras cosas, por su manera de poner las obras, viniéndose á Madrid á *cuervo*, sin equipaje alguno, y poniendo los actos segundo y tercero de la *Fille Elise* y los tres de *Blanchette* con decorado propio de la zarzuela é impropio, por tanto, de las obras y de la compañía que las representaba.

Y aún esa no era falta tan grave como otras que vinieron después. Entre un *calaret* bretón y la decoración que vimos en *Blanchette* hay infinitamente menos distancia que entre la tienda de Príncipe valle, tal como la soñó Mæterlick, y la decoración que nos sirvieron en la Comedia hace un año, en el segundo acto de *Monna Vanna*.

En las funciones que ahora ha dado en la Princesa Jane Hading y Le Bargy, ha ocurrido algo semejante, aunque en menos escala, y, realmente, con haber suprimido del diálogo de *La castellana* algunas frases demasiado comprometedoras para el mueblista, todo hubiera podido pasar tal como lo vimos; ¡qué demonio!, no todos los personajes de



TOURNEE ARTISTICA.—JANE HADING, EMINENTE ACTRIZ FRANCESA EN «LE CHATELAINE»
F. I. Roullinger

comedia han de ser millonarios, y alguna vez hemos de verlos empobrecidos.

Además, conviene tener conformidad, y aunque indudablemente sería mejor que viéramos el arte escénico francés en su propia salsa, ya que no nos dan ésta conformémosnos con las chuletas.

Por mi parte, confieso que una escena magistralmente dicha y hecha, me hace olvidar muchas veces los errores ó las deficiencias de la guardarropía, y, en cambio, todos los esplendores de un indumento cuidadosísimo y muy costoso no me impiden ver defectos de dicción y acción, muy lamentables.

Ahora, por ejemplo, han hecho la Hading y Le Bargy dos obras, *Demi-monde* y *La castellana*, que aquí habíamos visto muchas veces puestas con lujo; ¿habrá nadie que asegure por eso haberlas visto mejor representadas?

Jane Hading es una gran actriz, en la que solo raras veces aparecen los defectos inherentes á todos los cómicos franceses: la afectación en el decir y en el hacer. En general, es natural y acierta siempre ó casi siempre con el gesto y con la expresión. En las obras que ahora la hemos visto representar, ha tenido ocasión para hacer cosas muy diversas, y todas las ha hecho igualmente bien. Ha sabido ser canallesca en la Susana D'Auge, apasionada en la Teresa de Rivés y sensual en la Judith, siendo constantemente una gran actriz. No ha faltado quien vea en ella reflejos de la gran Sarah y de la Réjane; pero reflejo ó luz propia, ello es que su labor iluminó la escena y fué con justicia muy aplaudida.

La biografía de Jane Hading es, según cuentan, muy accidentada, y no falta quien asegure que el de Madrid fué el primer público que la vió en escena. Entonces, si no mienten esas referencias, la Hading era cantante y trabajó en el Circo de Rivas con una compañía de opereta francesa.

De Le Bargy hay poco que decir. Cuando hace dos años trabajó en la Zarzuela con la Bartet, fueron debidamente encomiadas sus excelentes cualidades de actor, que le hacen ser el primero entre los que cultivan la comedia y el drama moderno.

Le Bargy es un actor de vocación. Su nacimiento parecía alejarle de la carrera que ha seguido y en la que ha triunfado, y su inclinación á ella se despertó tarde: afortunadamente, se despertó con fuerza.

Le Bargy es hijo de un ingeniero que ejercía su profesión en Amiens, y en aquel Liceo hizo los estudios del bachillerato.

Cuando tenía diez y siete años y estudiaba Re-

tórica—en 1878,—escribió un elogio en verso de Grasset, que fué premiado en un certamen, y recitándole, reveló sus admirables condiciones para la declamación. Todos sus convecinos las reconocieron sin disgusto, y desde entonces fué opinión general que el joven Le Bargy, si se dedicara al teatro, llegaría á ser un gran actor.

Pero el padre del mozo había soñado otro porvenir para su hijo, y desoyendo sus súplicas, le envió á París á estudiar derecho, cuando él pretendía entrar en el Conservatorio.

Afortunadamente, por todas partes se va á Roma, y al cabo de un curso de leyes, Le Bargy entró en el Conservatorio, y allí estudió el arte en que ha llegado á ser maestro. Triunfó la vocación, y gracias á ello, es un gran artista el que probablemente hubiese sido un mal abogado.

Le Bargy es tan famoso como por su arte, por su elegancia y por sus «buenas fortunas». En París ha sido, y es aún, el *arbitrator elegantiorum*, y en las crónicas del amor su nombre está escrito multitud de veces.

En *Demi-monde* Le Bargy obtuvo un triunfo completo. Parece creado el distinguido actor para representar papeles del género del Olivier de Jalin pintado por Dumas.

Prototipo de la elegancia, como hemos dicho, los aristocráticos galanes de la alta comedia encuentran en él encarnación perfecta, pudiendo decirse que en la interpretación de estos personajes Le Bargy no tiene rival.

Con Jane Hading y Le Bargy, ha venido un actor mucho menos conocido, pero cuyo nombre, indudablemente, llegará á ser famoso: Grand. En todas las obras representadas, y singularmente en el Andres Josan de *La Castellana*, ha revelado condiciones excelentes para el arte que cultiva. Los demás artistas de la

compañía están á respetable distancia de los mentados, pero son muy superiores á los que antes solíamos ver en trances análogos.

El principio, pues, de las *tournées* extranjeras en esta temporada, no ha sido malo. Ahora, el primer gran actor que hemos de ver, será, según parece, Mounet Sully. Entre las obras que pondrá en escena figura el *Hamlet*, y sería lástima que deficiencias evitables de *mise en scene* deslucieran su trabajo. Puesto que ahora hay tiempo por delante, ¿no habrá también modo de obviar ese grave inconveniente?

Seguramente sí, y sería lástima que no se hiciera.

ALEJANDRO MIQUIS



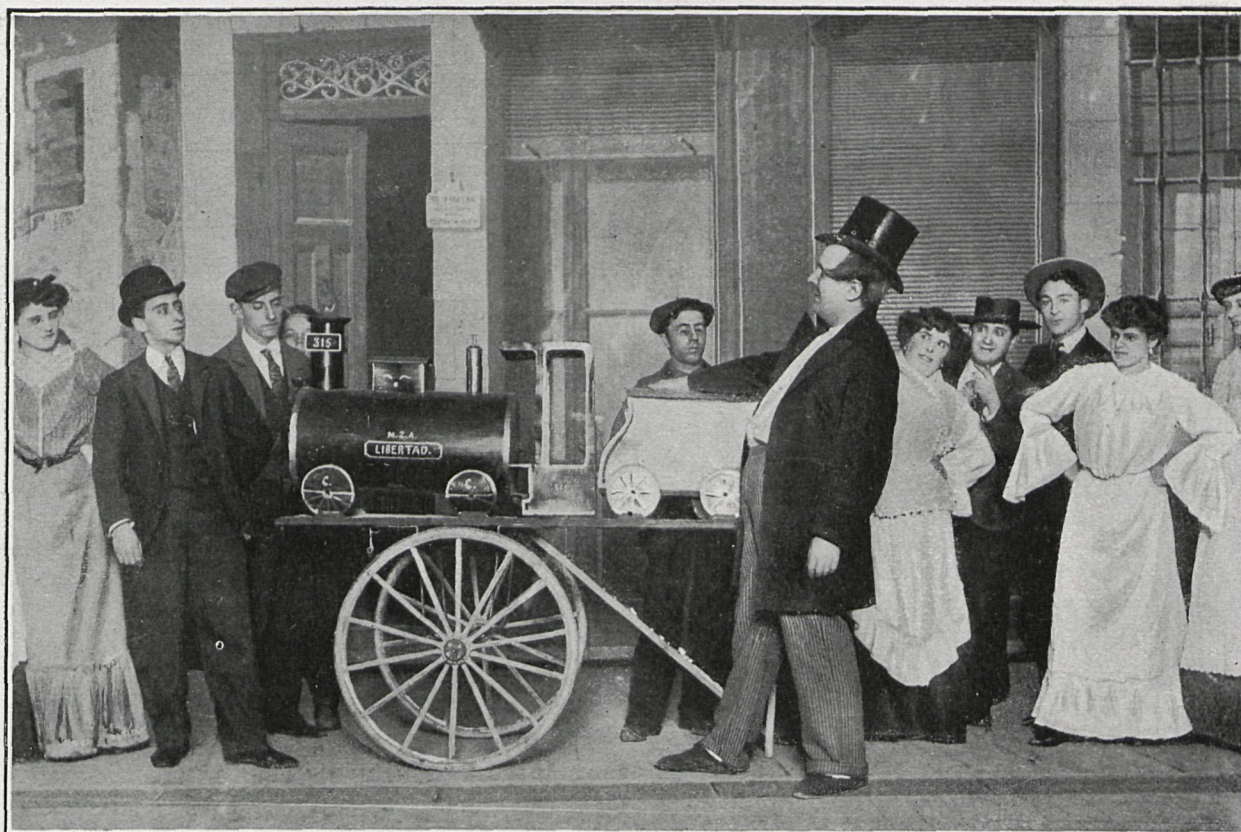
TOURNÉE ARTÍSTICA.—LE GRAND —PRIMER ACTOR DE LA
COMPAÑÍA JANE HADING-LE BARGY



TEATRO DE LA PRINCESA.—EMILIO THULLIER, EN «OTELLO»

Fot. Oraw-Raff





GUNDEMARO, Sr. Chicote.—CUADRO SEGUNDO

Fot. Campúa

LOS ZAPATOS DE CHAROL

ZARZUELA EN UN ACTO Y TRES CUADROS, DE DON JOSÉ JACKSON VEYÁN Y DON ENRIQUE PARADAS.
MÚSICA DEL MAESTRO CRESPO, ESTRENADA EN EL TEATRO MODERNO

UN argumento sencillo, con su indispensable nota sentimental, ha servido de base al aplaudido autor Jackson Veyán y á Enrique Paradas, para hacer una obra que, si vaciada en viejos moldes, al menos entretiene plácidamente y da ocasión á que el público pase un rato agradable.

El zapatero *Manolo* es un chico trabajador y que no tiene más defecto que estar enamorado de *Nieves*, una horchatera de lo más bonito que anda por el mundo. Hay que advertir, en pro de la muchacha, que si le hace cara al émulo de San Crispín, y hasta se decide á aceptar unos zapatos de charol que él mismo le ha confeccionado, es porque le cree soltero. Lejos de su ánimo el que aquel hombre pueda engañarla.

Pero *Manolo* es casado y la buena de *Rosario*, su mujer, y la preciosa *Pepita*, su hija, no merecen estar pasando privaciones para que la cándida horchatera disfrute del jornal

del obrero. Aunque la suegra *Valeriana* y el suegro *Gundemaro*, estrambótico comerciante en *cachuets* al vapor, sospechen las infidelidades de su yerno, sólo *Marujilla* logra enterarse de quién es la que trae á mal traer á *Manolo* y sin temor á la cólera de su cuñado se propone acabar con aquel enredo.

¿Cómo va ella á consentir que su sobrina *Pepita* vaya con alpargatas viejas, teniendo al padre zapatero?

Gracias á los informes que le ha proporcionado su novio *Panocha*, un chico más tímido que una paloma torcaz, *Marujilla* se pone inmediatamente en campaña.

Y lo que tenía que suceder. El infiel llega á la horchatería y cuando hace sonar las palmas, queda estupefacto al ver que *Pepita*, su propia hija, le dice limpiando graciosamente el velador.—¿Qué va usted á tomar? Todo por obra y gracia de la traviesa *Marujilla*. Claro está que *Manolo* se arrepiente de sus yerros y



DON JUAN CRESPO

Autor de la partitura de «Los zapatos de charol»